

Fede

LA AMISTAD

30-4-06 (Domingo)

Atapuerca – Rabé de las Calzadas.

34,00 Kilómetros.

De acuerdo con lo hablado en el día de ayer, suena mi despertador a las 6 horas y encendemos la luz sobre las 6,10 horas, todos nos vamos desperezando poco a poco, y después de los educados buenos días de rigor, hacemos cábalas de lo que hoy nos espera, deseándonos una buena jornada.

Las chicas salen a las 6,30 horas, nosotros con Andrej a las 6,40 horas, todavía no ha amanecido. La tienda-panadería-cafetería cercana al albergue está cerrada, qué raro, las niñas comentaron ayer que abría a las 6,30 horas, nadie se encuentra esperando su apertura y por supuesto nuestras amigas tampoco.

A pesar del fiasco, de no poder disfrutar de un desayuno calentito, nos ponemos en marcha, no sin antes hacer los estiramientos mañaneros, en plena carretera general, el extranjero igualmente los realiza mirando con interés nuestros movimientos. Hoy por la mañana, antes de salir, también le hemos facilitado la crema muscular, a la vez que nos hemos puesto nosotros. Todo sea por la cooperación internacional.

Antes de las 7 horas ya estamos subiendo la famosísima sierra de Atapuerca, asentamiento de nuestros prehistóricos antepasados. El amanecer está siendo glorioso, un cielo rojo intenso cuela sus destellos entre las extrañas nubes de inverosímiles formas, haciendo del ayer extenso valle verde un lugar de luces y sombras, donde la paz y el sosiego parecen los reyes del lugar. Unas pocas fotos dejarán constancia del paraje, nunca del hermoso momento.

Hemos llegado a una gran cruz, que corona uno de los cerros de la sierra, y aquí también tiramos fotos, como todavía está oscuro, mi cámara digital de hace ya unos años no capta con muy buena precisión la instantánea, pero la de Andrej, más moderna, lo hace con minuciosa nitidez.

Bajando por la otra ladera de la sierra, vemos el horizonte, y en la lejanía se distingue una gran ciudad, en un día claro y soleado, donde el frío mañanero va dejando paso a lo que se presenta como una espléndida jornada.

A las 8,15 horas llegamos a Cardeñuela de Riopico, y en un bar donde atiende una señora ya mayor, muy amable y servicial, desayunamos 2 cafés con leche, gigantes, con 2 cruasanes, y el amigo Andrej un hermoso cola-cao con napolitana. En otra mesa también desayuna una pareja de peregrinos nacionales y una extranjera solitaria en otra, que junto con algún foráneo que en la barra toma café, somos los consumidores del local. La pareja parece que ha dormido en el albergue de este pueblo, y entendemos por la conversación que mantienen entre ellos y la señora camarera, que cenaron y se divertieron sin medida en este bar, donde un biombo separa unas pocas mesas que hacen de comedor.

Sobre las 8,30 horas, vuelta al camino atravesando el pueblo, a cuya salida, un coche con dos jovencuelos bastante to-

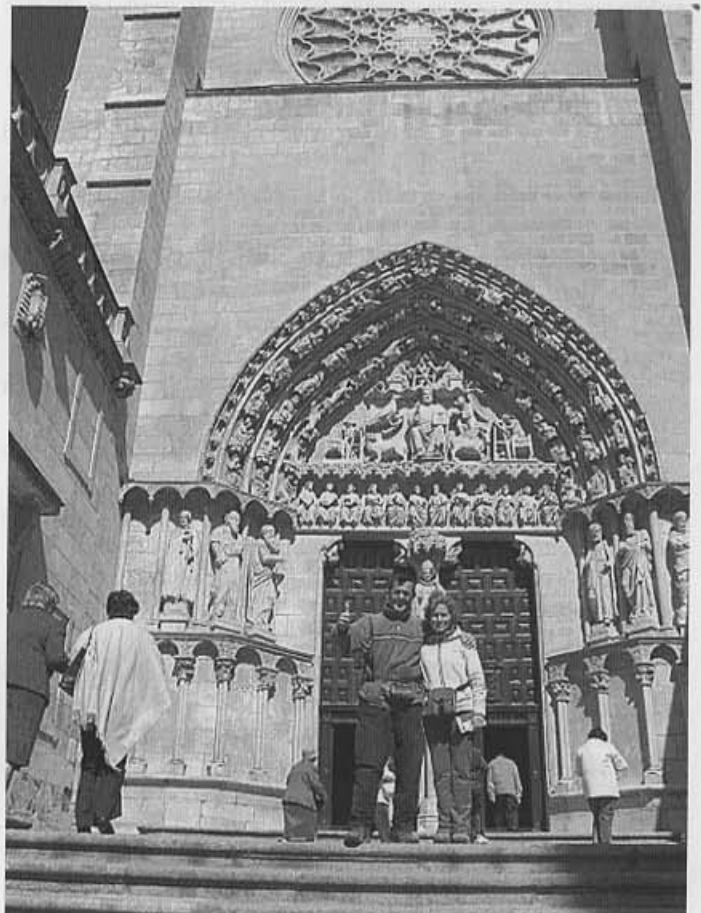
cados por el alcohol, con la música a todo volumen, paran a nuestro lado para mofarse de tres mochileros, yo les sigo las gracias con aptitudes irónicas que son incapaces de rebatir, y con las orejas gachas se esfuman con sonrisa de circunstancias y el ruido de su compact a todo volumen.

Hoy de primeras hemos caminado por vía montañosa de piedra y hierba, después por rodadas y pista, el último tramo a Cardeñuela, por asfalto. El paisaje de la sierra es más bien para ganado, de hierba, brezo y arbustos, mientras que ahora el terreno es rico en cereales, menos salvaje, uniforme y colorido.

Poco antes de las 10 horas llegamos a la carretera general, justo donde empiezan los primeros pabellones y bares de la capital burgalesa, junto a una gasolinera. Enfilamos por la acera por una gran recta, larga y pesada, con pabellones industriales a derecha e izquierda, hasta llegar a Burgos, donde entramos y lo cruzamos para llegar a la Catedral sobre las 11,30 horas.

Como la llegada de los peregrinos al monumental edificio se realiza por detrás, vamos sacando fotos en todas sus fachadas, rodeándola hasta alcanzar la entrada, situándonos en la cola para acceder a la Catedral. Casualidad, delante de nosotros las chicas de Castellón, con las que hemos dormido en Atapuerca.

Se llaman María Jesús, Carmen y Silvana, son simpatísimas. La primera es la más alta y parece la mayor, cuarenta y poquísimos, delgada, de facciones cuadradas, pelo claro y ensortijado, trabaja en el supermercado familiar de Les Coves. Carmen es más baja, cuarenta y menos, más fornida, de



Puerta Principal de la Catedral de Burgos, en un día soleado y fresco.